**TEORÍA DURKHEIMIANA EN LA REALIDAD CONTEMPORÁNEA**

**Introducción**

A partir de la premisa de que la base del trabajo de las ciencias sociales es de carácter interdisciplinar, podemos asumir que los referentes de cada disciplina particular son, a la vez, referentes de una u otra forma para las ciencias en general. Ejemplo concreto de esto es Émile Durkheim, intelectual francés que no sólo es uno de los máximos representantes de la sociología clásica, sino también un personaje que a través de sus teorías e investigaciones sustentó corrientes antropológicas -que se mantienen, aunque con variaciones, hasta el día de hoy-.

Un término recurrente en sus trabajos fue el de hecho social. Entendiéndose como todas aquellas imposiciones externas, que mediante la coerción determinan e inciden en la forma en que sentimos, pensamos, actuamos, etc. pese a ser fenómenos ajenos a la conciencia individual, es que podemos catalogar los hechos sociales como cosas presentes en la naturaleza y no como ideas que se gestan de esta. En la sociología, estos hechos pueden analizarse justamente desde lo que en esencia son: coerción de la sociedad; pero desde la antropología, es posible evaluarlos desde la relación del individuo para con el hecho social y la sociedad que lo impone.

En el presente ensayo evaluaremos dos hechos sociales vigentes en la sociedad actual, tanto desde la perspectiva sustentada por los planteamientos de Durkheim, como desde una postura personal y más contemporánea al contextualizarse en la realidad coetánea. Estos hechos son (1) la liberación sexual como causa y consecuencia de la división del trabajo social, y (2) las posturas colectivas e individuales que se sostiene en torno al proceso migratorio.

1. **Liberación sexual y la división del trabajo social**

Houellebecq señala respecto a la liberación sexual:

*“Es chocante comprobar que a veces se ha presentado la liberación sexual como si fuera un sueño comunitario, cuando en realidad se trataba de un nuevo escalón en la progresiva escalada histórica del individualismo. Como indica la bonita palabra francesa ménage, la pareja y la familia eran el último islote de comunismo primitivo en el seno de la sociedad liberal. La liberación sexual provocó la destrucción de esas comunidades intermediarias, las últimas que separaban al individuo del mercado. Este proceso de destrucción continúa en la actualidad”* (Las Partículas Elementales, 2006).

Para el autor, la liberación sexual no es más que un acto individualista sostenido por el sistema capitalista dominante y predominante en la mayoría del mundo. Sentencia, además, que ha sido la causa de la ruptura de los principios de familia y pareja, consideradas por Houellebecq como las únicas relaciones capaces de mantener una especie de comunitarismo.

Sin embargo, la liberación sexual podría explicarse bajo la teoría de Durkheim, porque instituciones como la familia ya no generan la misma coacción en el individuo, lo que significa que, o ya no es una necesidad imperante el conformar un núcleo familiar, o bien pueden establecerse relaciones amorosas-sexuales fuera del vínculo conyugal (que no es una situación que surja en la modernidad, pero actualmente es más aceptado como un fenómeno recurrente, porque de hecho lo es).

En virtud de lo anterior, podemos hacer fácilmente una relación con la división del trabajo social, puesto que los “roles” amorosos y/o sexuales comienzan a diversificarse y por ende recaer en diferentes individuos (o instituciones). Y es justamente en base a aquello donde la teoría de Durkheim se contrapone con lo postulado por Houellebecq.

Durkheim postula que la función -moral- de la división social del trabajo es expandir la solidaridad social, lo que implicaría que hechos como la liberación sexual no fueran sólo una respuesta a una individualidad masificada.

Si bien explica la solidaridad desde un perspectiva muy conservadora, heteronormada y machista, hace énfasis en que la solidaridad es mayor en cuanto exista una mayor diferencia entre los individuos y lo que hacen, puesto que así existe una mayor complementariedad: *“El estado del matrimonio en las sociedades en que los dos sexos no se hallan sino débilmente diferenciados, es testimonio, pues, de que la solidaridad conyugal es muy débil”* (Durkheim, 2001, p.47). Y aunque se equivocó al creer que la diferenciación fortalecería instituciones como el matrimonio -puesto que actualmente es una de las más criticadas-, la frase citada refleja fielmente su teoría.

En resúmen, el paso de una solidaridad mecánica, donde el acto solidario se basa en la semejanza debido a una conciencia común entre los miembros, a una solidaridad orgánica, depende de la división del trabajo social que exista.

En la actualidad, la división del trabajo está cada vez más presente y masificada, tanto en ámbitos económicos como en políticos y sociales. Si bien esto puede verse influenciado por la individualidad y la especialización (que la sociedad mediante la coerción te pseudo-obliga a llevar a cabo), también implica -bajo la teoría de Durkheim- que exista una mayor interdependencia entre los individuos, lo que en consecuencia afianza los lazos sociales.

Un ejemplo evidente y contemporáneo de la liberación sexual de la que habla Houellebecq y de una solidaridad orgánica producto de la división del trabajo de la que teoriza Durkheim, son las aplicaciones de Tinder y Grindr.

Tinder, por un lado, es una aplicación para el celular donde los usuarios pueden comunicarse con otras personas en base a sus preferencias para charlar y concretar citas o encuentros. A raíz de aquellas charlas y citas se generan relaciones amorosas y/o encuentros sexuales, así como también en algunos casos relaciones de amistad (pese a que no sea este el propósito de la aplicación). Tinder permite liberarse sexualmente de los cánones más conservadores que impone la sociedad, de la normativa tradicional relacionada al amor romántico y al comunitarismo base de una solidaridad mecánica. Favorece que el individuo pueda conocer -en base a una selección- a diferentes personas, en paralelo a la vida social que desarrolla en la realidad no-virtual. Establecer y generar relaciones sociales deja de ser labor de cada uno/a, pues la responsabilidad es traspasada a una aplicación particular que tiene como función exclusiva encargarse de aquello. Esto, bajo la teoría durkheimiana, no sería más que una división sexual o amorosa del trabajo.

Grindr, en cambio, es la manifestación de dos tipos de división del trabajo social. Por una parte cumple la misma función que Tinder, pero dirigido a quienes quieren entablar relaciones amorosas o sexuales con personas de su mismo sexo, por lo que analizarlo puntualmente no sería más que repetir lo ya dicho. Sin embargo, esta aplicación también ha sido utilizada para la venta y compra de drogas, pese a no ser este el objetivo de su creación. Mediante la misma dinámica, se entablan conversaciones con el propósito de adquirir diferentes tipos (de drogas). Esta situación también se enmarca en la división del trabajo, pues aunque la relación en cuestión sea considerada como moralmente incorrecta por algunos sectores de la población, se le delega a un otro -en esta caso la aplicación Grindr- que establezca contactos entre quienes venden y quienes quieren comprar sustancias ilícitas.

La división social, política y económica del trabajo, para bien o para mal, va en aumento. Interpretandolo a partir de los postulados de Durkheim, esto sería positivo ya que estamos solidificando la solidaridad social. No obstante, personalmente creo que todo en exceso es malo, incluída esta supuesta forma de solidificación de la solidaridad social. Quizás aquello que supone afianzar los vínculos sociales solo termine por romperlos al aislarnos tanto en quehaceres específicos.

Desenmarcándome de lo postulado por ambos autores, creo que hay puntos muy importantes a considerar. Primero, que Houellebecq se sustenta en patrones normativos que, por fortuna, cada vez ejercen menos coerción en los individuos. El matrimonio, sobretodo para la generalidad de las nuevas generaciones, dejó de ser una ambición concreta asociada al comunitarismo; y la liberación sexual también se ha transformado en una bandera de lucha al romper con los estereotipos conservadores, machistas y heteronormados, siempre y cuando junto a ella exista una responsabilidad emocional y afectiva.

Segundo y no menos importante: Durkheim se equivoca al afirmar taxativamente que la división del trabajo social implica un aumento de solidaridad. Quizás no dimensionó hasta dónde llegaría este modelo, pero sin duda aplicaciones como Tinder y Grindr están lejos de fortalecer lazos sociales solidarios, son más bien el fiel reflejo de una sociedad que a) vive pensando en la optimización, al punto de delegar (de manera constante y reiterativa) a una aplicación telefónica la interacción interpersonal; y de una sociedad que b) dominada por una doctrina de mercado, trata a los individuos que la componen como objetos en vitrina listos para ser escogidos.

1. **Durkheim en el proceso migratorio**

Durante la última década, se han desarrollado (una vez más a lo largo de nuestra historia) distintos procesos migratorios alrededor del mundo, catalogados en muchas ocasiones como “masivos”. Estos desplazamientos pueden ser justificados por motivos políticos, económicos, sociales, o todos ellos a la vez.

El en caso particular de Chile y según en CENSO 2017, de la totalidad de inmigrantes, que corresponden a 746.465 personas a nivel país, el 66,7% declara haber llegado a partir del año 2010 (La Tercera, (04/05/2018).

Esta situación ha generado una amplia variedad de opiniones en la escena nacional: a favor, en contra, o una posición más neutra condicionada a los ajustes a los que están sujetas las leyes migratorias. Estas diversas opiniones se presentan de manera generalizada en los integrantes de la sociedad (unas más que otras según el ambiente que evaluemos), y esto responde a lo que Durkheim denominó conciencia colectiva:

“*El conjunto de las creencias y de los sentimientos comunes al término medio de los miembros de una misma sociedad, constituye un sistema determinado que tiene su vida propia, se le puede llamar la conciencia colectiva o común. Sin duda que no tiene por substrato un órgano único; es, por definición, difusa en toda la extensión de la sociedad; pero no por eso deja de tener caracteres específicos que hacen de ella una realidad distinta. En efecto, es independiente de las condiciones particulares en que los individuos se encuentran colocados; ellos pasan y ella permanece.”* (Durkheim, 2001, p.61).

Si bien existe más de una conciencia colectiva respecto a los procesos migratorios que vivimos actualmente (y respecto a la mayoría de los hechos sociales, por no decir todos), hay una preponderante: la llegada de personas de otros países a Chile, repercute negativamente en los chilenos. No obstante, aquí es necesario hacer una pausa y destacar que dentro de esa conciencia colectiva, el que daña no es el migrante europeo ni norteamericano -que además es llamado extranjero más nunca migrante-, sino todos *los otros* que no pueden contribuir al “progreso y desarrollo” que tanto anhelamos alcanzar como sociedad.

Esta conciencia colectiva lamentablemente masificada podría explicarse con la falta de información, o con el nacionalismo característico de nuestro país y el deseo constante que tenemos de diferenciarnos de nuestros pueblos originarios y de asemejarnos a quienes nos invadieron unos cuantos siglos atrás o quienes nos dominan y controlan hasta la actualidad. Pero todo esto puede resumirse en lo que bajo la teoría durkheimiana responde a la coerción de la sociedad sobre los sujetos que la componen: una presión normalmente imperceptible.

Así, cuando la coerción no funciona lo suficiente y no estamos dentro de esa conciencia colectiva, pasamos a ser parte de la anomia: ajenos a las normas y la moral social.

Muestra de ello, referido a este tema concreto, son las posiciones a favor de los procesos migratorios que en vez de ver al extranjero como enemigo, se le ve como un potencial contribuyente al bienestar de Chile. Esto también corresponde a una conciencia colectiva, pues no es el pensamiento de una persona aislada dentro de todo el país, sin embargo es una conciencia menos generalizada en el contexto nacional (aunque muy generalizada, por ejemplo, dentro del Campus Juan Gómez Millas, por eso hacía énfasis anteriormente en que la masividad de la conciencia depende del ambiente y el contexto que la enmarque).

A modo personal, considero que los procesos migratorios son indudablemente positivos para todas las sociedades, pues nos enriquecen al mostrarnos otras formas de vivir y muchas veces romper y sacarnos de los patrones tan antiguamente concebidos. Espero con mucha esperanza que en algún momento nos preocupemos y nos hagamos cargo en conjunto como sociedad de estos desplazamientos, procurando entregarle una vida digna a todas las personas -independiente a su nacionalidad- y despojándonos de todos los prejuicios que en torno a ello podamos tener. Este es el progreso que ansío. Para ello sin duda es necesaria una regulación, pero una regulación en pos de alcanzar un bienestar común, no una arbitraria y discriminatoria sustentada en un nacionalismo irracional.

Soy parte de la anomia si respecto a la generalidad de la sociedad chilena se trata, y soy parte de la conciencia colectiva si me contextualizo en otros espacios (más allá de que dicha conciencia pueda ser respaldada por juicios individuales). Sin embargo, cada vez que soy anomia y me enfrento a ese Chile xenófobo y aspiracional, cada vez que me resisto a este hecho social generalizado como es el movimiento anti-migratorio, siento otra de las piedras angulares de la teoría durkheimiana: la coerción.

Espero que la coerción no sea más fuerte, ni a favor ni en contra de la migración. Espero que triunfe la empatía y la conciencia social. Las fronteras son posteriores a las personas, ante todo somos sujetos sociales y eso es más que suficiente para merecer respeto.

**Conclusión**

Tanto la división del trabajo social como el proceso migratorio visto desde las conciencias colectivas y la anomia que produce, son hechos sociales que pese a ser contemporáneos son completamente analizables bajo los planteamientos y conceptos que Durkheim trabajó años atrás. Condicionado por la realidad actual, sus posturas están abiertas a modificaciones y reinterpretaciones, pero pese a ello, estemos a favor o no con sus postulados, siguen teniendo una lógica general al observar situaciones que se desarrollan dentro de la sociedad.

Como mencioné al inicio, las ciencias sociales se construyen sobre un trabajo interdisciplinar, y aún creo necesario que estas interacciones se valgan de aquello, pues incluyendo a la antropología, la arqueología, la geografía, la psicología, etc., es posible generar una visión más panorámica y entender de manera mucho más efectiva -y/o crítica si se quiere- lo que son los hechos sociales y cómo éstos repercuten en las personas y sus relaciones. Hoy más que nunca creo que existe una responsabilidad trascendental en nuestro quehacer. Estamos enfrentándonos a diversas crisis, y debemos aportar desde los conocimientos y desde la acción para que se superen de la mejor forma posible.

**Referencias**

* Durkheim, E. (1987). *Las reglas del método sociológico*. Buenos Aires, Argentina: La Pléyade.
* Durkheim, E. (1995). *El suicidio* (4a. ed.). Madrid, España: Akal.
* Durkheim, E. (2001). *La división del trabajo social* (4a. ed.). Madrid, España: Akal.
* Soto, C .(04/05/2018). INE: Total de inmigrantes residentes en Chile llega a las 746.465 personas según Censo 2017. *La Tercera*, p xxx.